

Maité García
Díaz

*Brevísimo acercamiento
a la lírica de los
noventa a través de
Soldado desconocido
de Yamil Díaz Gómez*

«La poesía es siempre un misterioso diálogo con la realidad. Cuando el poeta contempla y escucha el movimiento de las hojas de los árboles, sabe que está frente a un hecho inexplicable y que su sentido único lo rebasa, pero puede al menos decir qué significa para él ese extraño sonido que le llega desde el más allá del puro hecho físico. Su discurso puede ser de alabanza o de indignación, jubiloso o nostálgico, lúdrico o profundamente reflexivo, directo o metafórico. Una ponderosa imantación impulsa al poeta a decirnos sus vivencias esenciales para nuestra intelección de la realidad, aún de la más íntima, aquella que tradicionalmente hemos considerado incomunicable porque no alcanzamos a hacerla inteligible de tan personal. La poesía quiere llegar al conocimiento, al develamiento del Ser y nos dice las otras maneras posibles de acceder al centro de la Realidad porque nos comunica otras expresiones del Ser único. Nos entrega, pues, el poeta, la diversidad y la unidad en la mirada a ciertos problemas y en la conciencia que nos hace saber que esas formas particulares lo son de una gran Totalidad».¹

D

urante varias décadas (1960-2000), han convivido en Cuba diferentes generaciones poéticas, cada una de ellas con sus preocupaciones y estilo propios. La poesía se ha visto desde entonces inmiscuida, directa o solapadamente, mediante sus posturas líricas, en la exaltación de las transformaciones político-sociales que se han operado en el país. A partir de la segunda mitad de la década de ochenta y hasta el cierre

¹ Enrique Saíenz: «La poesía diálogo perpetuo», en *La Gaceta de Cuba* (6): 3-21, nov.-dic., 2003

del siglo xx —pudiéramos afirmar, debido a los grandes cambios políticos, económicos y culturales sucedidos, la más difícil y rotunda de Cuba—, tuvo lugar en el marco poético nuestro, un cambio, una reacción hacia lo tenido hasta entonces. Si bien durante los sesenta y setenta, la poesía estaba dotada de un gran exteriorismo que incorporó disímiles aspectos del ambiente sociocultural, y privilegió al coloquialismo, a la masa, a la epopeya revolucionaria, ya en los ochenta, sobre todo como ya expresamos —la segunda mitad—, la lírica nacional cambia de signos hacia el interior de los textos, muestra un afán por registrar las dificultades del individuo para su integración a las colectividades, la visión de la historia es desprejuiciada, no oficial.

Es decir, que se asiste, en esta etapa (segunda mitad de los ochenta a los noventa) a una reacción posconversacional, a la constitución de una nueva norma poética. Esta reacción es la expresión de un nuevo reverso profundo desde un pensamiento inminentemente crítico, es la búsqueda de un discurso que se adentre en los conflictos, cuestionamientos y deficiencias del ser —al verse superado el conversacionalismo—, es la aparición de una poesía de ruptura erigida frente al canon de tendencia social, por ello atenta a zonas de la realidad que las poéticas precedentes no habían querido percibir: periferia, marginalidad, vacío, locura, sinsentido, homosexualismo, feminismo, entre otros aspectos. De una poesía de la exaltación y la alabanza se ha transitado hacia una poesía del conocimiento desesperanzado, del desamparo metafísico.

Inscrito en este período, encontramos a la figura de Yamil Díaz Gómez, talentoso y multipremiado poeta y escritor villaclareño y a su libro: *Soldado desconocido*. Así, mientras a los predecesores inmediatos de este y sus colegas creadores les correspondió dar cuenta del momento y de los proyectos en los cuales se inscribía la Revolución, a ellos, escritores de la última década del siglo xx, les tocó presenciar, vivir, durante el propio nacimiento de su poética, los rigores del llamado Período Especial, lo cual trajo consigo la pobreza, la desilusión, la diáspora, el descontento, la disidencia entre los intelectuales. La dispersión y el individualismo pueden haber encontrado sus causas en las nuevas formas en que el ser cubano se enfrentó a las dificultades y precariedad de esos años.

Un poco más aislados, un poco más solos, más lejos los unos de los otros, lo individual —lo familiar— recobró mayor significado y constituyó una temática en la lírica de esta etapa, la cual ocasionó una serie de contradicciones entre los poetas. «Una zona apreciable de poesía [...], se protegía en los ámbitos de la memoria, de la infancia, de la familia. Era aquel un espacio del equilibrio, de la paz interior, del resguardo, del hallazgo de sí mismo. Había un recuerdo entre el sujeto y sus orígenes, y un espacio de tranquilidad frente a otros más agresivos [...] esas relaciones comienzan a tornarse conflictivas [...] Hay una constancia no solo de ese origen confuso, sucio, sino también de la desmemoria, de la ruptura con un pasado que, lejos de proteger, se hace hostil, agresivo [...] lo que para aquel es el único sitio donde la inocencia, el encuentro con sí mismo, es posible, aquí se convierte en prisión, una celda contaminada por un sujeto antológicamente condenado».²

De allí que nos ofrezca su intimismo más selecto, su hogar entre versos, sus añoranzas, sus recuerdos fotográficos, imaginarios, borrosos y nítidos, siempre fieles e imperecederos.

«Yo soy el muerto. Mi casa
muerto a muerto se disuelve

Soy la añoranza, que vuelve.
Yo soy el tiempo, que pasa.
El álbum: sólo una brasa
que a la derrota se afilia
Cuando a la eterna vigilia
siento que salgo de viaje,
yo soy mi propio equipaje,
yo soy mi propia familia.»

El ámbito familiar está sumamente recreado en *Soldado desconocido*, el poeta dialoga:

sobre sus antepasados:

«Y mis abuelos, centellas
de resplandor blanquecino,
cruzaban por su camino
con un rebaño de estrellas.»

² Arturo Arango: «Existir por más que no te lo permitan», en *La Gaceta de Cuba* (6): 2-23, nov.-dic., 2003.

sobre la pérdida de un padre recuperada en un hijo:

«Padre, te me fuiste al viento
[...]
Y en este juego violento
[...]
me has hecho trampas, bribón,
pues sé desde el primer guiño,
que, con un cuerpo de niño,
has vuelto a mi corazón.

¡Pero qué modo perfecto
de abandonar tu escondrijo!
Así: vestido de hijo
y hablando en otro dialecto.»

sobre su adolescencia soñadora, perspicaz, sublime, pícaro:

«La adolescencia era un pacto
entre duendes y gorriones.»

y la etapa única de goce del primer amor:

«¿Y tú mi novia primera
— casi alondra, casi beso, —
que inundabas mi regreso
sin sospecharlo siquiera?»

La poesía de la segunda mitad de los noventa — de la cual es representativo el libro de Yamil Díaz que analizamos — parecía haber perdido visibilidad pública, y haber optado por existir en la punumbre. Sin embargo, mucho de ese autismo, del abandono de las circunstancias, estuvo dado además de por el desasosiego experimentado, por el caos económico y social, por las relaciones nuevas de la cultura cubana con el mercado, relaciones en las que la poesía estaba completamente desprotegida, despojada. Por todo ello los poetas de dicho período se sumergieron en la incertidumbre, en la decepción, en el miedo, en estados interiores mustios, vacíos, escépticos para con la historia y la realidad. Literariamente se perciben estos estados anímicos a través de temas y palabras reiteradas obsesivamente, en *Soldado desconocido* podemos citar el tema y la palabra muerte. La muerte

vista como cansancio ante lo cotidiano, ante la lucha existencial del hombre, ante la tristeza y el desamparo del yo humano.

«para vestirme de luto
por la muerte de mí mismo.»

Muerte, además, personificada y materializada a la vez, enérgico ejemplo del desequilibrio vivencial de la década de los noventa, ser humano-objeto material.

«Yo soy el muerto. Mi casa
muerto a muerto se disuelve.»

Yamil Díaz reconoce además en la muerte —abordada ahora como hecho físico y natural— el acto más desgarrador por el cual pasa el ser humano, la desgracia más abominable, la carencia más desoladora y brutal —mucho más que la vivida durante el período analizado— por ello nos expresa:

«Muerte, detén tu fluir
porque lo triste no es ir
donde tu verbo retumba,
sino llevarse a la tumba
tantas cosas por decir.»

Es válido tomar como base lo expuesto con anterioridad para lograr entender el giro sentimental que tiene lugar al final de *Soldado desconocido*, pues la muerte se torna vida, otra palabra de enorme importancia y significación. La vida nos la ofrece Yamil como lo desconocido, como el sendero perdurable o efímero, inconstante, adorable y a la vez amargo.

«Vida, de pronto te llamo.
De pronto me siento lleno
de tu miel y tu veneno.
Te odio. Te olvido. Te amo.»

Nos recalca: las riquezas que aporta la vida, lo aprendido de los golpes y sinsabores:

«Vida, ¡qué lleno el abismo!
Vida, ¡qué falsa es la nada,
porque tú escribes en cada
estrella algún aforismo!...

[...]
Vida, ¡qué luz tan violenta!
Vida, por fin me doy cuenta
de que eres dulce, en el fondo.»

que ella constituye en sí misma, un tesoro que puede escapársele a quien lo posee o puede ser un bien no regalado a todos:

«Vida, ¡tú pones el mar
y mil canciones sin dueño
en cada labio pequeño
que no te puede besar!»

una posibilidad de crecimiento espiritual y general del hombre mientras la posea.

«Vida, tu mano es un puerto,
[...]
Tu mano es la travesía
hacia lo que nadie cree,»
[...]

La vida, en fin, nos la presenta Yamil según su criterio de la existencia del ser humano, existencia vista como lo más sublime a pesar de los pesares, y ese es el giro que presenta el libro, desde una postura negativa hacia una positiva, bella, reflejo, además, del estado anímico inestable del hombre de los noventa.

Otra de las características de la poética de los noventa es la experimentación formal, lo cual la hace inscribirse en alguna medida dentro de la onda postmoderna. En *Soldado desconocido* este aspecto se percibe en la curiosa utilización de la décima, utilización que fusiona, equilibra lo tradicional –rima de la décima– con lo experimental, con lo novedoso –ruptura de la estructura de la décima–. Como ejemplo podemos citar todos los poemas del libro.

«La necesidad de hablar desde las voces de otros, de personajes instalados en la historia de la cultura, casi siempre en conflicto consigo mismo y con sus circunstancias, alcanza con estos autores la persistencia de lo tópico. Se trata, como bien sabemos, de una estrategia de distanciamiento muy bien asentada en la tradición de la poesía occidental: estrategia que implica,

de igual manera, tanto separarse del yo, enmascararlo, como de atenuar la conflictividad con lo inmediato».³

La voz de un personaje, del otro, la recrea Yamil a través del intertexto que es otro de los nuevos códigos de comunicación con el receptor que se utilizan en la lírica del noventa, y por tanto en *Soldado desconocido*. En este libro nos presenta mediante la figura de Cyrano de Bergerac – personaje que representa la figura de un creador que se enamora perdidamente de su prima Roxana, le escribe anónimamente cartas de amor y vive toda su vida sumido en un mundo platónico, demasiado puro e imposible – los más delicados pasajes referidos al amor, a la entrega, a la añoranza por un ser sumamente querido, la amada.

«Tú gobiernas el ocaso.
Tú eres todo mi destino.

Tú me trazas un camino
debajo de cada paso.

Tarde lo sé: ni mi brazo,
ni un beso, ni tu campana,
ni Eva, ni la manzana,
ni Dios, ni mi empuñadura,
ni el amor, ni la locura...

Sólo tú existes, Roxana»

Al disfrutar de la poesía de los noventa: «...Estamos ante una expresión [...] cuyo diálogo con la historia y con la sociedad ha variado en sus modos, se ha vuelto menos explícita..., la agnía, la amargura, el desencanto que hoy la caracterizan, siguen teniendo la vehemencia del grito, lo que ahora no se trata de un grito dicho desde la necesidad pública, o encaminado a cambiar el mundo, a transformarlo, sino más bien dirigido a lo íntimo, al ser. Apenas hay protesta o proclamación de principios, porque esta no es una poesía para ser usada, o quizás su uso principal, su utilidad, estaría en el exorcismo que se provoca al reconocer lo amargo, lo doloroso, o en el consuelo que ofrece el conocimiento de sí mismo, por terribles que sean las certezas

³ Idem.

que ese conocimiento revele. Toda mirada a la circunstancia, a la historia, al porvenir, está ubicada desde la perspectiva del individuo».⁴

La poesía analizada se ve inmersa en el interior, en el autismo por la falta de fe, más que un diálogo social es una conversación con el dolor, con las insatisfacciones, con los sueños individuales. Habla consigo misma, monologa, al cerrarse en sí misma, reacciona ante condiciones hostiles, ante la indiferencia, porque, como siempre, la poesía revela esencias, se revela y nos hace revelarnos, nos anticipa lo que seremos.

Bibliografía

- ARANGO, ARTURO: «Existir por más que no te lo permitan», en *La Gaceta de Cuba* (6): 22-23, Uneac, nov.-dic., 2003.
- SAINZ, ENRIQUE: «La poesía diálogo perpetuo» en *La Gaceta de Cuba* (6): 3-21, Uneac, nov.-dic., 2003.

⁴ Idem..